

CARRASQUER, Francisco
SERVET, SPINOZA Y SENDER.
Miradas de eternidad.
Prólogo de Angel Alcalá
Prensas Universitarias de Zaragoza
Zaragoza 2007, 97 pags.

Tras largos años de dar información sobre libros sesudos, eruditos y académicos en torno a la obra inmortal y siempre nueva de Spinoza, produce en el ánimo una fresca sensación de alegría spinoziana el pequeño ensayo ---“plática”, lo llama su autor (p. 29)--- del veterano luchador que es Francisco Carrasquer. Libertario integral desde que le apuntaron los dientes allá por los años de 1915 y siguientes en Albalate de Cinca (Huesca), aragonés de pro, combatiente en la guerra civil, encarcelado y trasterrado en Francia y Holanda, donde ha desarrollado su labor intelectual durante más de dos décadas, poeta, filósofo y traductor, prolífico ensayista y experto en la obra de Ramón J. Sender, Carrasquer, a quien no tengo el honor de conocer personalmente pero a quien deseo tributar aquí mi pequeño homenaje por su ancha inquietud y compromiso universal con los desfavorecidos (véase el apéndice primero de este libro), nos ofrece un apasionado ---y, por ello, nada ordenado--- alegato en favor de la libertad de conciencia, la tolerancia, la superación de prejuicios y supersticiones religiosas junto con la deificación del hombre y de la naturaleza, que encarnan, cada uno a su modo y en circunstancias naturalmente distintas, el *pancristianismo* de Servet (1511-1553) y el *pannaturalismo divino* de Spinoza (1632-1677) (p. 53), a los que une, como en un vértice triangular, el *intelecto amoroso* en la “persistencia del existir” mediante el “infringimiento” de lo caduco, que nuestro autor encuentra en la obra novelística de Sender (1901-1982) (p. 40, 54s): las tres, miradas de eternidad.

Mas, ¿por qué Servet, como antecedente de Spinoza, y no, por ejemplo, Erasmo o León Hebreo o los Valdés o Arias Montano o, incluso, Gómez Pereira o Huarte de San Juan? Carrasquer necesitaba herejes, herejes radicales; no le bastan liberales o tecnólogos escriturarios; “mi viejo principio ---dice---: es santo, héroe o genio el que es capaz de llevar su empeño hasta las últimas consecuencias” (p. 28). Servet no es un reformista, sino un revolucionario; no un heresiarca jefe de filas, sino un hereje solitario, como Spinoza. A Servet le urge “volver a empezar”, “trascender la Iglesia haciéndola entrar en razón”: *Restitutio Christianismi* (como el “infringimiento cristiano” de Sender, o la *Ética* de Spinoza, *mutatis mutandis*, p. 32, nota 8). Hay aquí entre Servet y Spinoza un punto de analogía deliciosamente “carrasqueriana”, que invade todo el ensayo, y de cuyo corrimiento semántico provocador el autor es consciente: así como la idea genial de Spinoza está en salvar la libertad del hombre por la *necesidad divino-natural* de la Substancia omniabarcante sin causa alguna externa al sistema, así también el Cristianismo que Servet propugna debe salvarse *internamente*, “necesariamente”, desde su propia fuente, sin adherencias espurias. Tirando de este hilo, se descubre entre ambos una común intuición de consecuencias, en efecto, revolucionarias: la libertad de expresión y de pensamiento dónde, cuándo y como sea; la tolerancia como base de la convivencia y el consiguiente secularismo del Estado; unos mismos cimientos de estoicismo y de adhesión a lo estrictamente natural; un amor a la ciencia, a la investigación y al conocimiento racional; y también, una síntesis de lo racional y de lo místico, esto es, la que Servet

llamaba “Essentia omniformis” que desemboca en la deificación de la naturaleza y del hombre, una suerte de “materialismo divino” o “Deus sive Natura” como fundamento de la convivencia humana (p. 42-48).

Hay, sin embargo al mismo tiempo, entre Servet y Spinoza ---señala honestamente Carrasquer--- un hiato, un “décalage”, que a pesar de ser enorme no deja quizás de ser salvable en nuestra aproximación a ambos. Según el hereje aragonés, la restitución del cristianismo, más allá de aquellas controversias trinitarias que le costaron la vida, ha de verificarse desde su fuente, Jesús de Nazareth, el Cristo, en quien está la Salvación y el Fin: en él se deifica el hombre, él es la luz redentora: “la carne de Cristo ---dice Servet--- es esencial con Dios y el Verbo fue hecho para la conversión de la humanidad en la Divinidad” (p. 46-48). Para Spinoza, por el contrario, que no deja de reconocer en Jesús al más grande de los profetas (p. 31, 34, 40), es lo inmanente y no lo transitivo lo verdaderamente divino, esto es, la Naturaleza. Spinoza rompe con toda trascendencia, sea cristiana o judaica (p. 51); “no hay finalismo, teleología o soteriología, no hay redentorismo ni salvacionismo en Spinoza: en esto no podría el holandés estar jamás de acuerdo con Servet” --- señala nuestro autor (p. 53). Para Servet, el mundo y el hombre siguen inmersos en la temporalidad desde la Creación: sometidos todavía al dualismo materia vs espíritu, deudores del bien y del mal. Spinoza, en cambio, entiende el mundo-naturaleza como eterno, autosuficiente, divino: no hay Creación, la eternidad no tiene principio y ni fin, “también la materia es Dios-Naturaleza” (p. 44) y no hay bien ni mal *stricto sensu*, “sino la cantidad de ergones, de esfuerzo, empeño o *conatus* que en cada cosa está latente o en tensión y en tiro para seguir siendo según su necesidad natural” (p. 51). En definitiva, si bien “es el amor el aceite que hace arder la lámpara de la fe”, “Servet no es capaz de entender de verdad esa abstracción spinoziana que es el *Amor Dei intellectualis*” en que culmina la razón (p. 47). A pesar de estas diferencias, hay elementos en el discurso del aragonés “que apuntan y tiran hacia el monismo de Baruch. De haber vivido más que esos pocos 42 años ---prosigue Carrasquer--- habría tirado de la manta (para lo que era bastante propenso), se habría desprendido de esa especie de emanantista cosmogonía y se habría integrado en un inmanentismo no transitivo” (p. 47). ¿Qué habría sido, entonces, de su Cristo? Es un misterio. A fin de cuentas, cada uno es hijo de su tiempo. Pero ambos, Servet y Spinoza, están en el horizonte de nuestra liberación.

En un ensayo así, más emotivo y panegírico que crítico, Carrasquer no aborda naturalmente la complicada y resbaladiza cuestión historiográfica y hermenéutica que entraña el calificativo de “precursor” o “antecedente”, que trae hoy de cabeza a los historiadores de las ideas; piénsese, por ejemplo, en Bruno o Herrera, por citar sólo dos complicados “antecesores” de Spinoza. Aceptemos, pues, como suena la invitación de nuestro autor, que no por ello deja de sernos estimulante y digna de ser proseguida más en profundidad, como el propio autor señala.

Además de otros tantos poemas en los que celebra a sus tres héroes, Carrasquer ha completado su pequeño ensayo con tres apéndices dedicados a Spinoza: el primero lo titula “Spinoza, ¿padre del ecologismo?” (p. 63-77), donde se explaya a gusto sobre tantas enseñanzas del filósofo hispano-holandés y los graves problemas del mundo actual; el segundo (p. 78-84) es la traducción del holandés del Preámbulo a la *Ética*, de Guido Van Suchtelen; el tercero (p. 85-97) es la Introducción al Epistolario de Spinoza, de H.G. Hubbeling.

Se lamenta Francisco Carrasquer ---y yo con él--- del poco aprecio, del poco estudio y atención que los españoles hemos dedicado a nuestros herejes, a nuestros héroes, a tanto *libertino* y libertario que esta tierra ha dado; que hayan sido eruditos extranjeros quienes nos han tenido que enseñar, en este caso (y en otros muchos), los caminos de Servet (Roland Bainton, Madeline Stanton, Brune Becker, Marius Vakhoff, entre otros). Mas

para hacer justicia, yo debo declarar la excelente e ininterrumpida labor investigadora del Prof. Angel Alcalá (prologuista de este ensayo), que tradujo en 1973 (Taurus) el *Servet, el hereje perseguido* de Bainton (1972), en 1980 (F.U.E.) nos dio la traducción y edición de la *Restitutio Christianismi* rigurosamente anotada y con un excelente estudio preliminar, y para culminar su infatigable trabajo ha presentado ya, auspiciado por los organismos autonómicos de Aragón, el primer volumen de los seis que va a componer la edición de las “Obras Completas” de Servet. Esta primera entrega (Ed. Larumbe 2003), que yo he leído ya con verdadero placer y emoción, contiene una muy erudita biografía del ilustre hereje aragonés (p. I-CLVIII) y, sobre todo, nos ofrece la serie muy completa y crítica de los *Documentos* de la vida, “milagros” y procesos de nuestro médico-teólogo (p. 1-359). Editar “documentos”, que hay que rastrear y traducir pacientemente de legajos antiguos es labor tediosa e ingrata y no siempre suficientemente agradecida por los lectores; pero es algo esencial para el progreso de la investigación y de la crítica. Vaya, pues, aquí mi gratitud a los profesores Alcalá y Carrasquer y, en su nombre, a tantos estudiosos anónimos que, recuperando el tiempo perdido, queman sus pestañas o enarbolan las banderas; que de todo ha de haber.

Bernardino ORIO DE MIGUEL